

SOCIOLOGÍA Y LITERATURA COMO FORMAS DE CONOCIMIENTO SOCIAL

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Emilio Lamo de Espinosa Michels de Champourcin*

El objetivo de esta charla es doble. De una parte, profundizar en un tema que me ha interesado desde hace décadas, a saber, la relación existente entre el conocimiento científico de la realidad social, digamos la ciencia social, y de otro el conocimiento nativo, conocimiento de sentido común, relaciones entre el conocimiento esotérico y el exotérico. Y, de otra parte, el papel que en ese espacio juega la literatura, singularmente la novela, aunque no solo ella, como una suerte de mediador entre ambos y, en ese sentido, como una forma de conocimiento social alternativo al conocimiento científico, con frecuencia más preciso y enriquecedor y, siempre más formativo.

Y debo adelantar, por simple honestidad intelectual, que lo que voy a exponer es en buena medida el resultado de una tesis doctoral que dirigí hace años de la profesora Sofía Gaspar, titulada *La novela realista como conocimiento social: 'El primo Basilio' de Eça de Queirós* (UCM, 2005), investigación que recibió el Premio Extraordinario de Doctorado de la Facultad de CC-Políticas de ese año, pero que sorprendentemente todavía permanece inédita¹. No sabría decir qué ideas son suyas y cuales mías.

Hablaré algo, no mucho, de las relaciones generales entre sociología y literatura; abordare también, muy de pasada, la conexión originaria entre los libros de viajes y los orígenes de la sociología, para centrarme finalmente

* Sesión del día 20 de noviembre de 2018.

¹ Véase, sobre todo, el capítulo tercero *Sociología, novela y sentido común como formas de conocimiento social*. Un avance de esa investigación puede verse en Sofía Gaspar, *El sociólogo como novelista y el novelista como sociólogo*, REIS, 11, 2009, pp.61-77

en la novela como forma de conocimiento social alterativa y complementaria a la ciencia social y la sociología.

1. RELACIONES ENTRE SOCIOLOGÍA Y LITERATURA

¿Qué relaciones hay entre la sociología de una parte, y la literatura —la novela sobre todo-, de otra? De entrada, y sin profundizar en la cuestión, bastante más de las que la frontera clásica entre ficción y no ficción haría sospechar. Ciertamente que, como sabemos, no es frecuente que los sociólogos escriban novelas. Es más, a decir verdad, la mayoría ha perdido la buena pluma que muchos clásicos tuvieron. Marx o Weber, por no hablar de Tocqueville, eran magníficos escritores. Lo era Simmel y lo era también Veblen, el gran satírico, comparado con frecuencia con Swift. Y entre nosotros debe destacarse a Ortega, excelente pluma, cuyas obras se leen a veces como si fueran una novela.

Pero no hacían ficción. De hecho no recuerdo a ninguno de los clásicos de la sociología que haya escrito novelas. Solo puedo recordar tres excepciones. Por supuesto, a Francisco Ayala, cuyo cambio de orientación se produjo de tal manera que no sabemos si el novelista y el sociólogo son dos personas o la misma en dos encarnaciones². La segunda excepción es más interesante, pues es un científico social que ha acabado siendo famoso por su novela, y me refiero, por supuesto, a *La Regenta* de Clarín. La tercera excepción es poco conocida pero muy interesante y actual. Me refiero a Gabriel Tarde, el autor de *Les lois de l'imitation*, durante algunos años más conocido y apreciado en Francia que su archi-enemigo, Emilio Durkheim, pero arrinconado después por este para caer en el olvido hasta muy recientemente (redescubierto por Deleuze, Maffesoli, Latour e incluso por Sloterdijk). Y es singular porque Tarde escribió una breve novela, *Fragment d'histoire future*, editada en 1896, cuyo argumento podría servir para una película de Hollywood del género apocalíptico: al acabar el siglo xxv de la era prehistórica, “antes llamada cristiana”, y ya establecida la “gran federación asiático-americana-europea”, en el “apogeo de la prosperidad humana” y habituados “a las delicias de una paz universal e imperturbable”, una catástrofe climática acaba prácticamente con la humanidad³. Interesante y actual argumento.

Tres excepciones que ponen de manifiesto que quizás los sociólogos no están tan desprovistos de capacidad literaria como suelen pensar. Y habría mucho que decir sobre esta ausencia de sociólogos-novelistas que hace pensar que los sociólogos —un poco como los historiadores— tienen pudor por rom-

² Sobre Ayala disponemos de una excelente tesis doctoral de Alberto J. Ribes Leiva plasmada en *Sociología y Literatura en Francisco Ayala*, Política y sociedad, 2004, 41.

³ Puede verse en la web en http://classiques.uqac.ca/classiques/tarde_gabriel/fragment_histoire_future/fragment.html (16 de enero de 2010). Hay traducción en Ediciones Abraxas, Gerona, 2001.

per la línea que separa la ficción de la no ficción, como si temiéramos que pudieran pensar que fabulamos. Al fin y al cabo se supone que somos guardianes de la objetividad y la novela es ficción. ¿O no?

Sí puedo recordar, sin embargo, sociólogos que hayan novelado la sociología, lo que no deja de ser sorprendente. El libro de Steven Lukes, *El viaje del profesor Caritat o las desventuras de la razón*⁴ es un ejemplo excelente. Y podría recordar otro de un compañero nuestro, hoy olvidado, *La vuelta de los budas*⁵ de Jesús Fueyo, un hombre “de gran agudeza intelectual” como dijo de él Miguel Herrero en una bonita necrológica. Así también, novelando la sociología, en este caso la antropología, comenzó el escritor peruano-americano Carlos Castaneda *The Teachings of Don Juan. A Yaqui Way of Knowledge* (1968). La primera entrega era, o pretendía ser al menos, un riguroso trabajo de campo, pero todas las siguientes entregas eran ya novelas, por cierto, apasionantes, como ritos de iniciación a la sabiduría, que era su proyecto, sin que se pudiera precisar cuando se abandonaba la observación para pasar a la ficción (y esa era la gracia de la serie, con frecuencia comparada con el realismo mágico latinoamericano).

E incluso, ya casi rizando el rizo, puedo recordar sociólogos que son casi (o sin “casi”) personajes de novela. Wright Mills, por supuesto, mezcla de vaquero de película del oeste y *angry young man* de una novela de Jack Kerouac. El mismo Marx, típico revolucionario decimonónico, cuya vida podría ser novelada. Por supuesto el Marques Vilfredo Federico Damaso Pareto, casi primo del lampedusiano Príncipe de Salina, y que podría aparecer en una película de Visconti, o el gigantón y mujeriego Veblen en una de John Ford interpretado por John Wayne. Y por supuesto, en algunos casos los mismos sociólogos han sido novelados. Son los casos —que recuerda Sofía Gaspar— de Pitirim Sorokin, que aparece en *Crossing to Safety* (1987) de Wallace Stegner (1909-1993), o de Robert Park y Louis Wirth, personajes de la novela *Organized Crimes* (1984) de Nicolas von Hoffman. Y más conocido —aunque discutido— es el de Georgy Lukacs, que habría sido novelado por Thomas Mann en *La Montaña Mágica*, en la figura del maquiavélico Nafta (una identificación enfáticamente negada por el mismo Thomas Mann y que no le impidió a Lukacs valorar muy positivamente esa novela).

Lo más próximo a la novela que puede encontrarse en sociología serían algunas de las investigaciones cualitativas de la escuela de Chicago en las que el sociólogo se limita a dar voz a unos personajes como *The Hobo* de Nels Anderson (1923), *El Campesino Polaco* de Thomas y Znaniecki, *El ladrón profesional*

⁴ Tusquets, Barcelona, 2005. e.o. 1996.

⁵ Organización Sala Editorial, 1973

(1937) de Shutherland —escrito a dos manos, señala el autor⁶—, y otros muchos como *Taxi-Dance Hall* de quien fue mi profesor en California, Paul G. Cressey (1932) o el muy posterior *Box Man* (1972) de quien fue mi director de tesis allí, William J. Chambliss, una larga y apasionante conversación con un ladrón de cajas fuertes de la Costa Oeste americana. Por no citar la conocida y exitosa investigación de Oscar Lewis, antropólogo de la Universidad de Columbia, *The Children of Sanchez. Autobiography of a Mexican Family* (1961). Pues esta sí es una corriente fructífera que regresa junto con el cualitativismo.

Y sin embargo, lo contrario no es cierto. Es decir, si la sociología rechaza a la novela, la novela es, con no poca frecuencia, no sólo una excelente fuente sociológica, sino incluso un remedo de la misma sociología a la que sustituye incluso con ventaja. Y así, es imposible conocer la Francia de la segunda mitad del siglo pasado sin Balzac, Zola o Flaubert, la Inglaterra victoriana sin Dickens, la Rusia zarista sin Tolstoi o Dostoievski, el Portugal decimonónico sin Eça de Queiroz y, por supuesto, la España de la Restauración sin Pérez Galdós o Clarín, o el Madrid barriobajero sin Baroja y *La Busca*. Podría multiplicar los ejemplos, bien conocidos al menos desde que Engels, a propósito de las obras de Balzac, asegurara que

*agrupa una historia completa de la sociedad francesa, de la que yo, incluso en las particularidades económicas (por ejemplo, la redistribución de la propiedad real y personal después de la Revolución Francesa), he aprendido más que de todos los historiadores, economistas y estadistas profesionales*⁷.

El terreno que se extiende desde *La novela experimental* de Zola, que aplica el método del naturalista Claude Bernard para dar lugar a un narrador omnisciente —una suerte de sociólogo *ecrivain*,— hasta *A sangre fría* de Truman Capote (1965), que parece seguir los consejos de Zola, lo que encontramos son “novelas reales”, ficciones no ficcionales, excelentes descripciones de la vida social, sus personajes, escenarios, motivaciones, conducta.

Todo ello se discutió con rigor en una memorable jornada de la Real Academia Española el domingo 7 de febrero de 1897 en el Discurso de recepción de Benito Pérez Galdós titulado, justamente, *La sociedad presente como materia novelable*, contestado por Marcelino Menéndez y Pelayo.

Imagen de la vida es la Novela, —dice Pérez Galdós— y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las vivien-

⁶ SUTHERLAND, E. H. *Ladrones profesionales*, Madrid, La Piqueta, 1988, p. 31

⁷ MARX, K. y ENGELS, F., *Cuestiones de arte y literatura*, Barcelona, Península, 1975, p. 137.

das, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción.

A lo que Menéndez y Pelayo, comparando los *Episodios Nacionales* con *La Comedia Humana* de Balzac (de quien bebe Pérez Galdós, al igual que de Dickens), señala que en ellos

... están representados todas las castas y condiciones, todos los oficios y estados, todos los partidos y banderías, todos los impulsos buenos y malos, todas las heroicas grandezas y todas las extravagancias, fanatismo y necedades que en guerra y en paz, en los montes y en las ciudades, en el campo de batalla y en las asambleas, en la vida política y en la vida doméstica, forman la trama de nuestra existencia nacional.

Para culminar resaltando ese “gran almacén de documentos sociales” pleno de “riqueza, a veces nimia, de detalles microscópicos”, que “tienen... un valor sociológico muy grande, que ha de ser apreciado rectamente por los historiadores futuros”.

Todo lo ve todo lo escudriña, todo lo sabe... sin aparato científico ha pensado por cuenta propia sobre las más arduas materias en que puede ejercitarse la especulación humana.

Repito: “sin aparato científico ha pensado por cuenta propia sobre las más arduas materias en que puede ejercitarse la especulación humana”.

Y efectivamente, la sociología y la novela tienen bastantes cosas en común. Novela y sociología cartografían la realidad social con técnicas distintas pero convergentes. Y así hay novela realista, casi sociología, como señala Menéndez y Pelayo, y hay sociología biográfica —a la que aludía antes— que es casi novela. Creo que los sociólogos no le sacamos todo el partido que debiéramos a esa similitud. Miramos siempre a la ciencia como modelo, nunca a la literatura, de la que huimos. Y sin embargo la sociología no puede ser ciencia —o lo es, en todo caso, de otro modo— y es bastante literatura.

Diré lo que no pretendo hacer⁸. En concreto, pretendo dejar fuera de estas páginas⁹ la sociología de la literatura, que ha sido con frecuencia una de-construcción de la literatura en clave sociológica, y a la que no le interesa la literatura en sí misma. Dejaré fuera también la literatura como ejemplificación

⁸ Lo que aquí no se va a hacer sí aparece analizado en la tesis de Sofía Gaspar, ya citada.

⁹ J. M. González García, *Norbert Elías: Literatura y sociología en el proceso de la civilización*, Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS), n.º 65, 1994, pp. 55-77.

de modelos sociológicos¹⁰, de escenarios o de modelos o personajes típicos sociológicos, la literatura, en fin, como proveedora de ejemplos, que igualmente se podrían haber extraído de la realidad. Pues ahora tampoco interesa la literatura en sí misma sino para apoyar un previo argumento sociológico. Por la misma razón dejaré fuera la utilización de *subliteratura* (libros de modales o de etiqueta) como soporte metodológico o como dato a analizar, al modo de Max Weber o, sobre todo, de Norbert Elias¹¹. E incluso, lo que ya me cuesta más— y sigo ahora las huellas de José María González-, la reducción contraria: la de la sociología a literatura. Pues cuando González García muestra que los conceptos sociológicos, tan caros y aparentemente tan precisos, no son sino metáforas, iconos, nos está diciendo, sutilmente, que la ciencia social es otra forma de narración o relato y que no hay tanta diferencia entre la *Iliada* y *El Capital*.

La historia de la sociología —dice González García— *no es solo la historia de su logos, sino también la historia de su mitos... Y tal vez no pueda ser de otra manera pues el orden del discurso científico topa necesariamente con lo inexpresable en sus propios términos, y necesita recurrir a la alegoría, a la metáfora*¹².

La alegoría, pues —y no la fotografía, la *picture theory of knowledge*-, como arquetipo del conocimiento.

¿Qué es entonces lo que sí pretendo? Como sabemos, en un excelente ensayo Lepenies¹³ argumentó que la ciencia social se halla a medio camino entre la ciencia dura y las humanidades, especialmente la literatura, abriendo así una doble brecha: entre la ciencia y la supuesta objetividad de la sociología, de una parte, y entre esta y la supuesta subjetividad de la literatura de otra. Ciertamente que en la sociología sólo debe hablar el mundo mismo y el narrador debe quedar silenciado y al margen, mientras que en la literatura siempre vemos el mundo a través de los ojos de un actor. Yo y mundo aparecen alternativamente como primer o segundo plano en sociología (primero el mundo) y en

¹⁰ Véase *Compromiso y distanciamiento*, cuento de Edgar Allan Poe 'Un descenso al Maelstrom'; y 'Los pescadores en el Maelstrom', que sirven de ejemplificación a los conceptos de compromiso/distanciamiento y de 'doble vínculo'. Véase igualmente *La Sociedad de los Individuos*, donde Elías recurre a Goethe y Rilke para criticar la imagen del 'homo clausus'. Por fin, véase *El proceso de la civilización* donde el autor utiliza el texto 'Ejemplos literarios de las relaciones entre la intelectualidad alemana de clase media y los artesanos' para aclarar la distinción entre 'cultura' y 'civilización'.

¹¹ Véase en 'El proceso...' y 'La sociedad cortesana' la utilización de libros de modales, poesías populares y libros de urbanidad, para analizar la génesis y evolución de las palabras, formas de sentir y de comportarse a lo largo de la historia civilizatoria.

¹² J. M. González García, *Metáforas del poder*, Alianza, Madrid, 1999. Y mi comentario *La sociología, del logos al mitos*, comentario al libro de José María González, *Metáforas del poder*, Revista de Occidente, 217, junio 1999, pp.143-146.

¹³ LEPENIES, W., *Between Literature and Science: The Rise of Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988 (e.o. alemana, 1985). Traducción española: *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, FCE, México, 1994.

literatura (primero el actor). Pero ya el hecho de que están ambos ahí dados nos muestra que la diferencia es de grado más que esencial. Pues bien, trataré de argumentar, en coherencia con Lepenies, que la novela se ubica a medio camino entre la ciencia social y el conocimiento de sentido común, con los que comparte muchas cosas; es pues —y esta es mi principal tesis— otra forma de conocimiento social pero realizada por actores y para actores, no como la ciencia social, hecha por observadores y para observadores.

2. EL PUNTO DE PARTIDA: LAS DOS FORMAS DE CONOCIMIENTO SOCIAL

Y nuestro punto de partida debe ser el reconocimiento de la existencia de, al menos, dos formas de conocimiento social, ambas encubiertas bajo los dos sentidos de la palabra “socio-logía”, un híbrido de latín y griego inventado por Comte que así etiquetaba, empaquetaba, el “producto”: la ciencia positiva de lo social, lo que pretendía hacer. Pero el palabro “sociología” encubre otra acepción igualmente interesante (y hoy quizás más): el logos de la sociedad, la lógica misma de lo social. Lo que nos lleva sin darnos cuenta desde la sociología como ciencia dura a la sociología como saber de sentido común. Así pues, habría al menos dos formas de conocimiento (también social). En primer lugar, la ciencia, un saber esotérico, minoritario, propio de expertos (más bien “sacerdotal” que “profético”), con un lenguaje idiosincrásico, adquirido por aprendizaje formal, usualmente en las universidades. Y de otra, la etno-ciencia (o la etno-sociología, sociología “laica”, *lay sociology* la llamaba Harold Garfinkel), un saber exotérico, mayoritario, de sentido común, adquirido por simple aculturación informal¹⁴.

Y constatemos también que esas dos formas de saber, la formal y la informal, son válidas tanto para los saberes sobre la naturaleza como sobre la sociedad, es decir, hay una etno-ciencia natural al igual que una etno— ciencia social. De hecho, eso es una lengua, una *langue*, entre otras cosas: un depósito de experiencias y conocimientos sobre el hombre, la sociedad y el entorno. Y no es exagerado poner en relación la riqueza del vocabulario y la gramática de una lengua con la riqueza de las experiencias de sus hablantes. Y así, quien aprende a hablar una lengua, aprende al tiempo la lógica del mundo de sus hablantes, ya sea la lógica de su naturaleza o la de su sociedad.

¹⁴ Pues, como asevera Giddens, los individuos *tienen, como aspecto intrínseco de lo que hacen, la aptitud de comprender lo que hacen en tanto lo hacen*. A. Giddens, *La Constitución de la Sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995, p. 24.

Pero con una diferencia importante entre la etnociencia natural y la social: que así como el saber sobre la naturaleza no constituye esa misma naturaleza, el saber sobre la sociedad es constitutivo del mismo orden; es pues un saber, performativo. Este fue el segundo gran descubrimiento de Garfinkel, a saber, que la etno-sociología, el saber nativo sobre la sociedad, de una parte, permite comprender las actividades sociales cotidianas pero, de otra, las crea y constituye al tiempo que las hace explícitas. Como escribe con su inimitable estilo, *las actividades mediante las cuales los miembros de una colectividad producen y controlan situaciones de actividades cotidianas organizadas son idénticas a los procedimientos que dichos miembros utilizan para hacer estos contextos explicables*¹⁵.

¿Por qué es esto así? Porque todo orden social se sustenta en ese mismo saber etno-científico de sentido común, que contribuye a constituir ese mismo orden y sin el cual, simplemente, no sería tal orden social sino otro distinto. Los sistemas de parentesco, por ejemplo, son el resultado de la aplicación por parte de los nativos de lo que saben sobre sus sistemas de parentesco, razón por la cual el único modo de conocerlo —como bien saben los antropólogos— es preguntárselo a los nativos. Pero ese argumento es válido para todo tipo de orden social. No es posible la monarquía sin nativos que saben lo que es un Monarca, ni la democracia sin ciudadanos que saben lo que es un parlamento y unas elecciones, etcétera. Para saber todo ello tenemos que preguntárselo a los nativos. Los órdenes políticos, económicos y tantos otros, son lo que son, entre otras cosas, porque los nativos, los actores, los constituyen como consecuencia de lo que saben sobre esos mismos órdenes.

Un dato esencial para comprender la vida social que tiene dos muy relevantes consecuencias. En primer lugar, que la *Verstehen*, la comprensión científica, como señala Giddens, *no constituye únicamente el coto privado del investigador social profesional, sino que la practica todo el mundo*¹⁶. Todos somos, más o menos, sociólogos comprensivos que interpretamos el mundo, y así, cuando los sociólogos hacemos *Verstehen*, estamos haciendo meta-comprensión, *Verstehen* de *Verstehen*. Y en segundo lugar (y como consecuencia), todo aquello que cambia nuestros (performativos) conocimientos sobre la sociedad contribuye a cambiar al tiempo esa misma sociedad.

Esto es muy importante: lo que sabemos sobre la sociedad contribuye poderosamente a formar esa sociedad mientras que lo que sabemos sobre las plantas o los insectos no forma parte esencial de ese fenómeno. Podemos visualizarlo mejor haciendo un experimento mental, un contrafactual. Si mañana los humanos perdiéramos la memoria, y con ella todos nuestros conocimientos

¹⁵ H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology*, New Jersey, Prentice Hall, 1967, p. 1.

¹⁶ A. Giddens, *Política, sociología y teoría social*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 258.

sobre el mundo, la naturaleza seguiría su curso impertérrito mientras que las sociedades, todas, se irían al garete. Así de sencillo.

Son, por lo demás, formas de saber muy distintas. El conocimiento social nativo (la etno-sociología) se adquiere inconsciente e involuntariamente, no de manera voluntaria y consciente como la sociología. Y se adquiere, no tomando distancia con la realidad, alejándose de ella en un ejercicio de observación participante, como hace el sociólogo, sino viviendo, tomando contacto, en el tráfico de la vida cotidiana. Y no pretende producir verdades, fotografías, *pictures*, y ni siquiera mapas de la realidad, sino sólo prácticas que enseñan a sobrevivir, que como mucho pueden dar lugar a máximas o refranes. Pues si la sociología es el producto de un observador que mira el mundo desde fuera (aunque no del todo, por supuesto), la etno-sociología es el producto de un actor que lo ve desde dentro (aunque no del todo, por supuesto). El cuadro adjunto resume estas semejanzas / diferencias entre ambas formas de conocimiento.

	Sociología	Conocimiento nativo
Quién lo produce.	Observador.	Actor.
Para quién.	Observadores.	Actores.
Lenguaje.	Esotérico.	Exotérico.
Cómo se genera.	Conscientemente. Voluntariamente. Tomando distancia.	Inconscientemente. Involuntariamente. Viviendo, tomando contacto.
Qué pretende.	La verdad; una fotografía.	Sobrevivir; unas máximas.
Punto de vista.	Externo. Desde fuera.	Interno. Desde dentro.
Qué es.	Ciencia.	Sabiduría, praxis.

Pero hay otra diferencia importante: mientras todas las sociedades saben mucho acerca de sí mismas, todas tienen saber social, etno-sociología, sólo algunas tienen ciencia social. Veamos cómo y por qué antes de adentrarnos en la literatura de nuevo.

3. LA EMERGENCIA DE LA SOCIOLOGÍA: LIBROS DE VIAJES, OPACIDAD SOCIAL Y EXTRAÑAMIENTO

Ello es consecuencia de que solo en un tiempo dado y en un espacio dado, (la Europa del XVII-XVIII) el saber social descubre que no basta, que

la realidad social es más compleja de lo que piensa, y entonces genera la ciencia social.

Es fácil entender el por qué de este descubrimiento: en sociedades simples (sencillas), pequeñas (unos cientos de personas como máximo) y donde predomina el *face-to-face*, cerradas (sin intercambio exterior), y repetitivas (cíclicas, sin cambio, sin historia, frías), la experiencia vital del actor es suficiente para entender la sociedad, la conciencia cubre la totalidad del ser social. Son sociedades transparentes para los actores que las pueblan. En ellas el saber de sentido común basta y sobra, y no hace falta ciencia social alguna. De modo que, como señalaba Weber,

*La racionalización de la actividad comunitaria no tiene en absoluto por consecuencia una universalización del conocimiento relativo a las condiciones y relaciones de esta actividad, pues frecuentemente conduce al efecto opuesto. El 'salvaje sabe infinitamente más de las condiciones económicas y sociales de su propia existencia que el 'civilizado', en el sentido corriente del término, de las suyas*¹⁷.

Y por ello, a medida que las sociedades son mas grandes, se expanden, pasan a ser de reproducción ampliada y crecen, se interconectan (son abiertas), y dejan de ser repetitivas (tienen cambio social e historia, son calientes), la conciencia, que sigue siendo producto de la experiencia (experiencia que es inevitablemente local, territorializada), cubre solo una parte cada vez más pequeña de un ser social que se expande y cambia en el espacio y en el tiempo. El ser social, la realidad que sustenta nuestra vida, es vasto, se interconecta de miles modos con otras realidades, otros espacios o territorios, vinculados a su vez con terceros, las líneas de acción se bifurcan e interconectan, pero todo ello ocurre al margen de la conciencia del actor que solo conoce una parte ínfima de su propio ser social.

Y entonces aparecen dos cosas. De una parte, lo que Marx llamaba “Poder Social Extraño” (o alineación) y Durkheim “hecho social”, es decir, instituciones ocultas, mecanismos sociales opacos, sistemas expertos ignorados, verdaderas máquinas sociales, producto del azar (y hablamos de consecuencias no intencionadas) pero no del diseño humano (Hayek), que controlan o dirigen nuestras vidas sin saber cómo. Eso es en buena medida la economía moderna: una maquina hiper-compleja que a diario reproducimos sin saber bien ni cómo funciona ni adonde camina.

Y junto con ello, aparece la opacidad social: hemos creado un mundo social que ignoramos. Somos extranjeros en nuestra propia casa. Por resumirlo

¹⁷ M. Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1979, p. 199.

en una cita de cuño marxista: los hombres hacen la historia y hacen la sociedad, pero no sabemos lo que hacemos, no sabemos qué hacemos.

Este proceso ocurre en Europa entre el XVI y el XVIII en un proceso en tres fases. En primer lugar, emerge lo social, el objeto de la futura ciencia social, la “sociedad”, como un ente, un ser, una realidad externa producto de la diferenciación en partes, y la integración de esas partes. En segundo lugar, lo social se hace visible, extrañado, ajeno, y ello genera perplejidad, asombro, que es siempre el punto de partida del conocimiento. El saber descubre, sabe, que no sabe, y por ello se formula la pregunta sobre el saber. Finalmente, la ciencia, que ya existe pues ha aparecido en el XVII, se aplica a ese nuevo objeto que se ha hecho evidente y tan ajeno como los astros o las rocas¹⁸.

Ya lo he analizado en otro lugar, de modo que quiero destacar ahora solo el punto segundo anterior ¿Cómo emerge la necesidad del conocer social, la necesidad de la ciencia social? ¿Por qué el saber sobre la sociedad descubre que no sabe? La respuesta es que lo hace tematizando lo *taken-for-granted*, problematizando lo hasta entonces evidente cuando deja de serlo como consecuencia de la emergencia progresiva de una doble diversidad social: la conciencia de lo otro ajeno primero, y la conciencia de la otro próximo después.

Y para comenzar, por supuesto, la conciencia de la diversidad ajena resultado de los viajes de altura que los *iberian pioneers* (Toynbee), españoles y portugueses, iniciaran a mediados del siglo xv poniendo de manifiesto la inmensa variedad de formas sociales y tipos humanos. Ya había ocurrido con Marco Polo (*Libro de los millones*, 1298)¹⁹, pero el impacto fue tal que no fue creído. También ocurrió posteriormente en el marco de la Umma islámica con Ibn Batuta (*A través del islam*, 1328²⁰) e Ibn Jaldún (*Historia Universal o Libro de las experiencias*, 1380), ya un tratado de sociología. Pero no fueron conocidos en la cristiandad. Y fue el descubrimiento del Nuevo Mundo lo que desatará el interés occidental por lo exótico y la pasión por los libros de viajes. Comenzando con crónicas como la de Díez del Castillo, o con verdaderas etnografías como la de Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de Nueva España* (1547), o el clásico de Richard Hakluyt *The Principall Navigations, Voiages and Discoveries of the English Nation* (1589), tenido por texto fundacional de la literatura de viajes, la pasión por la novedad de lo ajeno no hará sino crecer hasta inventar la figura del buen salvaje en el pre-romanticismo rousseauiano.

¹⁸ Véase, por ejemplo, el trabajo clásico de Javier Conde, *La Sociología de la Sociología. Los supuestos históricos de la Sociología*, Revista de Estudios Políticos, 1951, 58.

¹⁹ POLO, Marco, Las maravillas del mundo, Círculo del bibliófilo, 1978 (los viajes son de 1254 a 1269; el libro es de 1307).

²⁰ BATTUTA, Ibn, A través del Islam, Editora Nacional, Madrid, 1981 (viajes de 1325-1334). Nueva edición de Alianza de 1997.

Pero pronto la perplejidad ante lo exótico y extraño va a transformarse en perplejidad ante lo propio para saltar desde la pregunta por el otro a la pregunta por uno mismo. Un fenómeno que ocurre al ritmo de la emergencia de la Europa de los Estados, la Europa post-westfaliana, cuando se hace evidente una diversidad de dinastías y coronas que arrastra otra de religiones, leyes, lenguas, monedas, en resumen, una diversidad de “sociedades”. Los pasos son bien conocidos: el *cuius regio, eius religio* cierra las guerras de religión, pero abre un abanico de países separados por sus creencias fundamentales. Creencias que se traducen en leyes diversas: en su formulación francesa, *un roi, une loi, une foi*, diversidad que impulsará a Montesquieu a indagar *El espíritu de las leyes*. Países / Estados / Coronas que, a su vez (y esto es muy importante a estos efectos) hacen cristalizar las lenguas nacionales: el español con Cervantes, el inglés con Shakespeare, el francés con Racine y Moliere, todas ellas entre 1600-1650. Ya no es posible hablar de una cristiandad unida, y tras constatar la diversidad en el espejo de lo ajeno, este se vuelve sobre lo propio para constatar la propia variedad. Y como contestando a quien aseguraba que “Ya no hay Pirineos”, Pascal puede escribir (Pensées, 1670):

tres grados de elevación hacia el polo echan por tierra toda la jurisprudencia; un meridiano decide la verdad; a los pocos años de ser poseídas las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas; la entrada de Saturno en Leo nos indica el origen del crimen ¡Valiente justicia la que está limitada por un río! Verdad aquende el Pirineo, error allende²¹.

En resumen y por decirlo con lenguaje moderno, Pascal constata ya, no solo un multiculturalismo moral europeo, sino también otro cognitivo.

No es pues de sorprender que, pocos años más tarde, Feijoo en su *Mapa intelectual y cotejo de naciones* (1728, *Teatro crítico Universal*) puede elaborar un tratado describiendo con precisión los estereotipos nacionales, las imágenes mutuas, los prejuicios que unos tenemos de los otros: franceses, italianos, alemanes, ingleses, pero también catalanes o vascos. Todos distintos.

La síntesis de esta doble perplejidad, de este doble extrañamiento hacia lo ajeno y hacia lo propio, la hará Montesquieu en un texto crucial que marca un punto de inflexión del pensamiento occidental, *Las Cartas Persas* (1721), antes incluso de abordar las causas de la variedad de leyes. En esta *especie de novela* —como la denomina el mismo— ya no somos los europeos los que nos asombramos de lo exótico y lejano, pues ahora son unos viajeros persas quienes, *empujados por el ansia de saber*, y a fin de *buscar con entusiasmo la sabiduría*, recorren Europa, y relatan a sus compatriotas lo raros que son los occi-

²¹ B. Pascal, *Pensamientos*, Losada, Buenos Aires, 1964, p. 214

dentales²². El espejo ha dado la vuelta y el asombro ante lo ajeno deviene asombro y perplejidad ante lo propio, ante la diversidad próxima. Pero claro, el viajero persa es una astucia de la razón de la que se vale Montesquieu para distanciarse, objetivar su mirada, tomar el rol del otro, y así re-flexionar sobre sí mismo (y de paso, por cierto, evitar la censura real: no lo digo yo, sino unos persas...). Y con ello, con Montesquieu travestido de viajero persa, emerge armado de todas sus armas el punto de vista del sociólogo: un explorador de lo propio, del mundo interno y próximo, que cartografía esa *terra incógnita* y cuenta a sus compatriotas lo que encuentra en ese viaje. La sociología como viaje de exploración que surge de la pregunta, de la perplejidad, por la propia sociedad, que asume un punto de vista externo, el espejo de los persas. Una estrategia que repetirá Montaigne en su *Diario de viaje* (1774) y Cadalso en sus *Cartas Marruecas* (1793).

La sociología como mirada externa y distante sobre la propia sociedad había aparecido como heredera de los libros de viajes, manantial común del que brota, igualmente, la antropología. El sociólogo como viajero, alguien que cruza fronteras y ve lo de dentro desde fuera, y viceversa, la observación participante, el hombre marginal.

Una estrategia que continuará. Recordemos que *La democracia en América* es un libro de viajes, que la sociología de las religiones del mundo weberiana lo es también como, en cierto sentido, lo son *Las formas elementales de la vida religiosa* de Durkheim (Occidente visto desde el totemismo australiano) o incluso el *Tratado de Sociología* de Pareto (la Modernidad vista desde la Antigüedad clásica).

Enrique Gómez Arboleya, siempre agudo y creativo, vio con claridad esta conexión entre sociología y literatura de viajes en su *Breve meditación sobre el viaje*:

La literatura de viaje, el viajero en cuanto tal es el primer germen de una actitud teórica respecto a la sociedad. De hecho, han sido los padres de la sociología. El viajero acrece en sí su saber del hombre en dos dimensiones. Formalmente, cobrando conciencia de la importancia de la sociedad para el individuo. Materialmente, tomando noticia de la diversidad de lo humano.

Y añada más tarde:

El viajero ha visto la diferencia entre los hombres, la relatividad de lo humano, y abre así el margen de problematismo que la vida requiere para ser noble. ...

²² Montesquieu, *Cartas Persas*, Cátedra, Madrid, 1977, p.63.

*Los grupos cerrados, sin comunicación con otros, son grupos primitivos. En ellos la vida se estanca*²³.

4. LA NOVELA COMO CONOCIMIENTO DE SENTIDO COMÚN

Pero la demanda de transparencia y auto-conocimiento de la que emana la sociología no va a ser plenamente satisfecha por ella. Y ello porque la auto-comprensión epistemológica desde la que la sociología se entiende la hace concebirse como un saber exotérico, una mirada distante, y el sociólogo le habla, no a la sociedad, no a los sujetos necesitados de conocimiento, sino a otros científicos sociales. Y así, la ciencia social, que debía haber contribuido a cancelar la distancia existente entre un ser social que se expande y una conciencia estancada en su propia experiencia, fracasa inicialmente en su misión. No será hasta mediados del XIX, con Marx primero y con otros después, cuando los científicos sociales descubran que, además de hablar para ellos, le hablan a la sociedad, aunque con frecuencia no lo saben, no lo sabemos bien aun. Y por ello la sociología sí ha contribuido, en gran manera, a la ingeniería social, al *management* macro de las sociedades modernas, pero poco a la sabiduría colectiva.

Ese espacio, esa demanda de saber social, sin embargo, será ocupado por otras formas de conocimiento social, formas a través de las cuales los actores, y no los observadores, podrán adquirir conocimiento del mundo extrañado que les rodea. El teatro, la opera y, sobre todo, la novela, son eso: un saber sobre la sociedad y sus actores que, construido desde la etnociencia, desde la misma etnosociología, y resultado de un viaje de exploración interior, se dirige al público en general.

Por ello sociología y literatura responden al mismo proyecto de conocimiento social, aunque esta es previa a aquella. Como acredita Sofía Gaspar, la novela aparece al tiempo que la sociología, en el interregno de los siglos xv a xvi, haciéndose visible a lo largo de esa centuria. Y lo hace como una necesidad, no como una posibilidad. Francisco Ayala alega que la novela nace como un instrumento de saber ante un mundo nuevo que se extiende en el espacio y que cambia aceleradamente en el tiempo, y responde a “necesidades radicales del espíritu”. Como escribe Sofía Gaspar:

a través de los personajes tendríamos noticias de la complejidad de la naturaleza humana; a través de sus acciones, de la causalidad, de sus efectos y de la interdependencia de los comportamientos; y a través del contexto sabríamos

²³ Cuadernos Hispanoamericanos, 35, 1952, pp.41-44.

algo sobre las claves de un mundo que empieza a ser caótico y opaco a los ojos de los individuos comunes”.

La novela —concluye Sofía Gaspar— cumple pues “un papel cognitivo” tornándose en un “instrumento de conocimiento social”²⁴.

Con mayor radicalidad lo ha señalado Milan Kundera: *el conocimiento es la única razón de la novela... surgida siempre de una pregunta sobre la sociedad humana*. La novela (al igual que la sociología añado yo), es para Kundera *la exploración del ser olvidado*, de la realidad oculta e ignorada²⁵. Si la realidad social, el ser social, es producto de la acción humana, aunque no del diseño humano —y en ello coinciden desde Marx y Durkheim hasta Hayek o Popper-, de modo que la sociedad es opaca para quienes la constituyen (y por ello la sociología tiene como tarea el descubrimiento de ese ser social transformando la opacidad en transparencia, “explorando el ser olvidado”), no otra es la tarea de la literatura. Y por ello ambas deben partir de la misma sospecha metodológica sobre el sentido común y las apariencias. Si (como dice Marx en *El Capital*) *toda ciencia sería superflua si la apariencia y la esencia de las cosas coincidieran*²⁶, y si (como asegura Durkheim en la primera de sus *Reglas relativas a la observación de los hechos sociales, es precioso descartar sistemáticamente todas las nociones previas*, todos los prejuicios, estereotipos, todos los *idola*²⁷), no de otro modo procede la novela:

*Eso me mueve a pensar —señala Milan Kundera— que el nacimiento de la novela arranca con la quema del velo de la pre-interpretación que cubre el rostro de lo concreto y que ese gesto incendiario constituye el acto fundacional del arte de la novela, gesto repetido posteriormente en cada novela digna de serlo*²⁸.

Por ser la novela la

*gran forma de la prosa en la que el autor, mediante egos experimentales (personajes), examina hasta el límite algunos de los grandes temas de la existencia*²⁹.

²⁴ S. Gaspar, REIS, op.cit., p. 7.

²⁵ M. Kundera, *La desprestigiada berencia de Cervantes*, en *El arte de la novela*, Tusquets, Barcelona, 1987.

²⁶ International Publishers, Nueva York, 1967, vol. III, p. 817.

²⁷ E. Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Ediciones Morata, Madrid, 1974, p.56.

²⁸ M. Kundera, en *El velo de la pre-interpretación*, Claves, 82, 1998, p.4.

²⁹ M. Kundera, *El arte de la novela*, Barcelona, Tusquets, 2000, p. 158.

La diferencia es que, si la novela hace explícita nuestra sociedad en sus dimensiones más ocultas, lo hace para el nativo, no para al experto. ¿Y qué es una novela sino un arquetípico modelo ideal-típico weberiano en el que, tras definir un entorno social típico y unos personajes típicos, se exhibe la lógica de ese juego, un modelo de simulación en toda regla, cuyos resultados, el desenlace, son una sorpresa para autor y lector del que extrae conocimiento? Las novelas se hacen a medida que se escriben, los personajes adquieren vida, desarrollan su propia lógica, su propia socio-lógica, sorprendiendo al escritor no menos que al lector. Ni uno ni otro saben bien cómo acabará la cosa. Pero cuando acaba, el lector ha realizado un viaje casi iniciático (y toda novela lo es) que es un aprendizaje, al tiempo moral y cognitivo de su entorno y de lo que puede esperar de él.

El escritor de una novela es un actor que se desdobra en observador de la realidad, para volver de nuevo al punto de vista del actor y así nos hace visible a los lectores el mapa completo de la trama. De ahí el juego entre primera y tercera persona, la mirada desde fuera y desde lo alto, mirada divina, distante y objetiva del narrador, y la mirada humana, subjetiva y próxima, del actor. Pero como en *Las Cartas Persas*, el actor es el mismo narrador que, puesto en su lugar, viaja por una experiencia ajena y nos trae de vuelta su experiencia y saber.

De modo que ciencia social y novela coexisten como dos modos del saber sobre lo social que tienen mecanismos de producción y audiencias bien distintas. Recordemos: la audiencia a la que el sabio se dirige determina el medio a usar, como decía Florian Znaniecki³⁰. Pues el medio es eso, un camino para comunicar que depende de a quien hablemos, de modo que en función de la audiencia escogeremos uno u otro medio. Pero, como señalaba McLuhan, el medio es el mensaje, el medio conforma y determina el tipo de mensaje. Y así tenemos dos mensajes distintos para dos medios de comunicación, y para dos audiencias claramente diferenciadas y separadas.

Intentemos formalizar ahora las relaciones entre las tres formas de conocimiento social que hemos podido identificar, etnosociología, novela y sociología, en un cuadro que no necesita mayor explicación. Y que pone de manifiesto que, si como mostraba Lepenies, la sociología se halla a medio camino entre la ciencia y las humanidades, la novela se halla a medio camino entre la sociología y la etnosociología.

³⁰ ZNANIECKI, F., *The Social Role of the Men of Knowledge*, introducción de L. Coser, Harper Torchbooks, New York, 1968, (e. o. 1940). Traducción en *El papel social del intelectual*, Fondo de Cultura Económica, México

	Sociología	Literatura	Conocimiento nativo de sentido común
Quién lo produce.	Un observador que se distancia de la acción.	Observador que juega a ser actor o un actor que juega a ser observador.	Un actor.
Qué quiere producir.	Modelos utilizables de la realidad social.	Modelos ficticios pero verosímiles de la realidad social.	Mapas prácticos para vivir.
Para quién.	Para otros observadores.	Para otros actores o para otros observadores.	Para si mismo y para otros actores.
Naturaleza.	Objetiva, Supuestamente se anula el yo.	Va del yo al mundo y regresa.	Subjetiva, solo importa el mundo que ve el yo.
Lenguaje utilizado.	Esotérico.	Ordinario elaborado.	Exotérico.
Cómo se genera.	Conscientemente, separado de la acción Voluntariamente Tomando distancia de la realidad.	Semi-conscientemente, en estado de observación participante Semi-voluntariamente Doble juego de tomar distancia de la realidad y de inmersión en la realidad.	Inconscientemente, al hilo de la acción Involuntariamente Viviendo, tomando contacto con la realidad.
Soporte institucional.	Universidades, centros de investigación, libros y revistas científicos.	Librerías, ferias, premios.	Opinión, usos, tradiciones, costumbres, dichos, creencias.
Audiencias.	Restringida a científicos sociales, expertos.	Abierta a todo el público culto.	Universal: actores sociales, nativos.
Qué pretende.	La verdad.	Aprendizaje vital y entretenimiento.	Sobrevivir.
Punto de vista.	Externo, mira desde fuera.	Externo/interno primera/tercera persona.	Interno, mira desde dentro.
Qué produce.	Ciencia, Conocimiento.	Aprendizaje: conocimiento que deviene sabiduría o sabiduría que deviene conocimiento.	Sabiduría, praxis.
Efectos.	Reflexividad social vía ingeniería social.	Reflexividad social a través de los sentimientos y la estética.	Reflexividad social inmediata.

Por supuesto, como señalaba anteriormente, hay extensas áreas de solapamiento. No podría ser de otro modo. De una parte, la novela realista, que es literatura y sociología al tiempo. De otra, las historias de vida, que son sociología, pero novelada. Pero ojo, no son sustituibles pues pretenden objetivos distintos. La sociología tiene una ventaja sobre la novela: puede hablar de cosas que, por no estar en la conciencia de los actores, no son asequibles a la literatura. Por poner un ejemplo clásico: una novela puede hablar de los suicidios, pero no de las tasas de suicidio. Esa es la gran ventaja de la sociología, que llega más allá. Y lo contrario no es cierto, sino a medias. Todo lo que la literatura puede abarcar, incluida la lírica, puede ser objeto de análisis sociológico, incluso lo más subjetivo o personal. Pero en el camino pierde lo más importante: la experiencia vital y, por lo tanto, el aprendizaje. Y esa es la ventaja de la novela.

Por supuesto me he centrado en la novela por su similitud con la sociología, pero dista de ser la única forma alternativa de adquirir conocimiento social. El teatro y, por supuesto, la ópera, han cumplido y cumplen funciones similares. También lo hace hoy, con mayor éxito, el cine, incluso más que el documental. Y sería discutible al menos si una tarea similar la realizan la prensa y las revistas (por ejemplo las del corazón), la televisión o la radio.

Y un breve comentario final sin respuesta. ¿Qué debemos hacer los sociólogos y, en general, los científicos sociales? ¿Tomamos a la literatura como modelo y hablamos al público culto en general? ¿O, por el contrario, tomamos a la ciencia como modelo y hablamos a los científicos menospreciando a los demás? Ya he tratado el tema en muchas otras ocasiones y no voy a insistir. La literatura nos enseña algo importante, a saber ¿qué sentido tiene pretender conocer la realidad social si ese conocimiento no llega a aquellos cuyas vidas, angustias y alegrías, estamos describiendo? ¿Quién usa la ciencia social si no la usan los actores? El cientifismo de la sociología y de la ciencia social, ¿no encubre, malamente, la ingeniería social? Y esta ¿no encubre con frecuencia, la manipulación social? No tengo respuestas claras pero sí creo que son preguntas valiosas que merecen ser formuladas.